

## LA LENGUA «ESPAÑOLA», VINCULO «ESENCIAL» DE LOS PUEBLOS HISPANICOS, SEGUN M. DE UNAMUNO

En esta misma revista, XIV (1987) 173-186, publiqué este breve ensayo: *Filosofía del lenguaje en M. de Unamuno*. Llegaba en él a concluir que Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca y profesor de filología, tuvo una evolución en su pensamiento sobre el lenguaje. Lo vio en un primer estudio sometido a las leyes rígidas del naturalismo, tanto biológico como histórico. Más tarde le entusiasma contemplarlo como la máxima fuerza creadora del espíritu. Hasta llegar a afirmar que la historia humana se halla circunscrita por la *Palabra* que le dio principio y por la *Palabra* que consumará su fin.

En este nuevo estudio pedimos al lector que nos acompañe en el intento ulterior de clarificar cómo M. de Unamuno aplicó su *filosofía del lenguaje* al magno hecho histórico de que sean veinte naciones las que usan el español para rezar a su Dios y para hablar entre sí. Cara a la próxima fecha de 1992, quinto centenario de América, este hecho está pidiendo máxima reflexión. Haremos un primer acercamiento al mismo comentando el pensamiento de Unamuno. Este, todavía recién profesor titular, dejó pasar en silencio casi total la fecha paralela del cuarto centenario, 1892. Tres años más tarde, 1895, publicó sus ensayos muy conocidos: *En torno al casticismo*. En ellos el tema de la lengua tiene un puesto central. Este puesto central lo mantiene la lengua a lo largo de la producción literaria de Unamuno hasta final de sus días.

El diez de octubre de 1910, a los 46 años y siendo rector de la universidad, traslada al papel un soneto «denso, denso», como él pedía con insistente reclamo al escritor amigo. De este soneto nos place acotar los versos nucleares que resumen lo que pensaba de esa realidad tan bulleante que es nuestro lenguaje:

«La sangre de mi espíritu es mi lengua  
y mi patria es allí donde resuena  
soberano su verbo...  
Y esta mi lengua flota como el arca  
de cien pueblos contrarios y distantes...  
pues ella abarca  
legión de razas, lengua en que a Cervantes  
Dios le dio el Evangelio del Quijote»<sup>1</sup>.

1 M. de Unamuno, *Rosario de Sonetos Líricos* (1911), LXVII. *Obras Completas* (ed. Escelicer) VI. *Poesía*, p. 374 (citamos siempre por esta edición).

Si el lector reflexiona sobre los versos acotados, percibirá en ellos cuatro aserciones muy sentidas y vividas por Unamuno. La *primera* señala el puesto medular que en la vida del alma tiene la lengua. Hasta llegar a decir de ella que es «*la sangre de nuestro espíritu*». Se anticipó Unamuno a M. Heidegger cuando éste asegura que el lenguaje es la «*casa del ser*», puesto que es el mismo ser en cuanto éste se revela al existente humano. Sin tomar plena conciencia de ello, Unamuno apunta a esta alta metafísica que parece hallar su refrendo en el prólogo del evangelio de San Juan donde se lee: «En el principio fue el Verbo = la Palabra». No cala, sin embargo, en el último sentido de la palabra humana, pues esta palabra —sobre todo en el profeta y en el poeta— no es en su ultimidad un «*hablar de*», como piensa Unamuno, sino un «*responder a*». Esta respuesta pide, antes de hablar, estar a la escucha: del *ser*, según Heidegger; de *Dios*, según el pensador cristiano <sup>2</sup>

La *segunda* aserción de M. de Unamuno hace constar que la «*patria*», algo tan entrañable, está ligada primariamente a la *lengua*. Por derivación etimológica la «*patria*» nos lleva ineludiblemente a recordar a nuestros padres y antepasados, con los que tenemos la reconocida deuda biológica. Pese a ser esto una verdad tan existencial, Unamuno renuncia a dar primacía a la sangre del protoplasma biológico, para afincarse ante todo a la vida del espíritu. A esta vida la siente gestada y alimentada por la lengua, más que por el protoplasma de la herencia. Ya en este momento de entrada nos place subrayar que esta primacía de la lengua sobre la biología viene a ser un gozne central en torno al cual gira la interpretación unamuniana sobre el vínculo esencial entre los pueblos hispanos.

La *tercera* aserción pone en relieve el hecho gigante de que son cien pueblos, quienes, aunque distanciados y hasta contrarios entre sí, hablan la misma lengua hispana. Esta viene a ser para ellos un arca flotante, salvadora de esa legión de razas que hacen en la misma su morada durante la larga travesía histórica al puerto de su destino. Esta legión de razas forma lo que con frase acuñada se llama *HISPANIDAD*. En su significación cultural Unamuno acepta el contenido de este concepto histórico.

Finalmente, M. de Unamuno se atreve a decir en su *cuarta* aserción que el mundo hispánico tiene su evangelio cultural en el *Quijote*, dado por Dios a Cervantes. Tal expresión, que alguien pudiera tachar de irreverente, admite un sentido plausible si el paralelismo, aquí apuntado, no se traduce en equiparancia efectiva tanto en el campo de la historia como en el de las conciencias. Con dicho paralelismo Unamuno quiere tan sólo decir, según ya lo he expuesto <sup>3</sup>, que el mundo hispánico tiene en el *Quijote* un modo tan excelso de interpretar la vida que con esta visión es capaz de dar sentido a este ajetreado mundo, tan repleto de técnica maquinaria cuanto carente de sentido último espiritual.

Estas cuatro aserciones nos dan la pauta orientadora del pensamiento

<sup>2</sup> Para ampliación del tema nos remitimos a nuestro estudio: *Presupuestos filológicos de la teología de la historia* (Edic. Monte Casino, Zamora 1975) pp. 112-117.

<sup>3</sup> En *Unamuno y Dios* (Edic. Encuentro, Madrid 1985) cap. IX, pp. 279-316 hemos desarrollado ampliamente este típico tema unamuniano.

de Unamuno sobre el gran tema que nos hemos propuesto clarificar. Menester es ahora descender con todo rigor a un examen ponderado del mismo. Comenzamos este examen con lo que en las aulas de un saber secular se llamaba «*expositio terminorum*». ¿Qué más necesario, contra lo que tantas veces ocurre, que entenderse sobre los términos en torno a los cuales va a cuestionarse una teoría o un hecho histórico? En nuestro caso pensamos que dos son los términos del tema propuesto que pudieran motivar alguna ambigüedad: el calificativo de «española», dado a la lengua, y el de «*esencial*», que alude a la importancia del vínculo histórico entre los pueblos hispanos. Determinemos, pues, el sentido preciso de ambos epítetos.

El calificativo de «*española*», aplicado a la lengua es tan ambiguo que ni en España ni en Hispanoamérica ha habido acuerdo en su uso. Podemos recordar que en nuestros estudios primarios cursábamos *Gramática Castellana*. Veinte años más tarde, al relacionarme con estudiantes argentinos, advertí que éstos mentaban más la *lengua castellana* que la *lengua española*. Lo más hiriente del caso es que la vigente Constitución Española del año 1978 mantiene esta misma ambigüedad cuando en el artículo 3 legisla: «El castellano es la lengua oficial del Estado... Las demás lenguas españolas serán también oficiales en las respectivas Comunidades Autónomas».

Ante esta ambigüedad M. de Unamuno hizo transparente su actitud en su comentario al discurso que el Alcalde de Barcelona, en 1908, dirigió al Rey en catalán. Bien significativo es el título que da Unamuno a su comentario: «*Su Majestad la Lengua Española*». Se enfrenta en dicho comentario con el Presidente del Gobierno, Sr. Maura, académico de la Real Academia Española, para reprocharle el haber hecho decir<sup>4</sup> a su Majestad el Rey que le eran gratas al oído todas las lenguas nacionales. «En España, le replica Unamuno, no hay más que una... La única lengua nacional de España es la lengua española: la única lengua, lengua íntegramente española y, además, lengua internacional, lengua mundial»<sup>5</sup>. Entusiasta Unamuno de las legítimas aspiraciones del pueblo catalán —dígase lo mismo, *a fortiori*, del pueblo vasco, el suyo— se ha mostrado siempre intransigente por lo que toca a la lengua nacional que debe ser única y exclusivamente la «*española*». Pero esta *lengua española* no la identifica con el *castellano*, como parece da a entender la actual Constitución Española en el artículo mentado. Unamuno formula una tesis histórica más amplia que formula en carta abierta a Rubén Darío, en la que le escribe: «Tienen ante todo, en América, que hacerse su lengua, y tenemos todos que trabajar para que *sobre el núcleo del viejo castellano se forme el idioma español*, que aún no está hecho ni mucho menos»<sup>6</sup>. Para Unamuno la lengua española es una lengua en gestación, que van elaborando los pueblos hispánicos «sobre el núcleo del viejo castellano». Aceptable o no el calificativo de «española», aplicado a la lengua en el sentido

4 Parece superfluo advertir que Unamuno reprocha al Sr. Maura las palabras del Rey, por ser éste, en régimen parlamentario, irresponsable de sus discursos que debían ser elaborados por sus ministros.

5 O.C., IV. *La raza y la lengua: «Su Majestad la Lengua Española»*, pp. 374-379.

6 O.C., IV. *Sobre literatura hispanoamericana. A Rubén Darío*, pp. 728-732.

señalado por Unamuno, queda ciertamente muy clara la actitud del mismo en los textos citados.

El segundo calificativo ambiguo es el de «*esencial*», aplicado al vínculo que establece la lengua. Con ello da a entender Unamuno que todos los otros vínculos que tanto se ponderan en nuestras relaciones intrahispánicas no tienen el contenido, la fuerza y la eficacia de la lengua. El calificativo «*esencial*» lo declara de un modo contundente. No cabe aquí ambigüedad de significación. Pero ésta surge como hecho histórico. ¿Es que no hay, en verdad, otros vínculos intrahispanos tan fuertes como la lengua, tales como la religión y la sangre? No es cosa de responder ahora a esta pregunta que suscita una enmarañada problemática histórica. Nos toca tan sólo exponer lo que opinaba M. de Unamuno. Y éste dejó bien consignada su convicción cuando en un comentario a la llamada «*fiesta de la raza*» escribe: «La Fiesta de la Raza espiritual española no debe, no puede tener un sentido racista material —de materialismo de raza—, ni tampoco un sentido eclesiástico —de una o de otra iglesia—, y mucho menos un sentido político. Hay que alejar de esa fiesta todo imperialismo que no sea el de la raza espiritual encarnada en el lenguaje. Lenguaje de blancos, y de indios, y de negros, y de mestizos, y de mulatos; lenguaje de cristianos católicos y no católicos, y de no cristianos, y de ateos; lenguaje de hombres que viven bajo los más diversos regímenes políticos»<sup>7</sup>.

Queda, pues, patente y sin ambigüedad alguna que el vínculo «*esencial*» entre los pueblos hispanos es la lengua. Ni el materialismo racista, ni el espiritualismo eclesial, ni el pragmatismo político tienen la eficacia de este primer vínculo esencial que es la lengua. Podría ello suscitar algún resquemor ante la obra silente, pero sumamente eficaz del Cristianismo. Unamuno, sin embargo, veía este influjo como menos importante que el de la lengua desde su perspectiva laica, que mira primariamente a los valores culturales humanos. Una madeja de problemas se nos ofrece a la vista. Esperamos poderla ir desenredando, al menos parcialmente, a lo largo de este breve ensayo<sup>8</sup>.

7 O.C., IV. *Comunidad de la lengua hispánica*, pp. 651-656.

8 En nuestro artículo, citado al abrir este estudio y en el de N. R. Orringer, 'Filosofía del lenguaje en M. de Unamuno', publicado en el mismo número pp. 187-199, hallará el lector la bibliografía esencial sobre el *lenguaje en Unamuno* en pp. 173 y 188. Sobre el pensamiento de Unamuno en torno a Hispanoamérica se han publicado varios estudios, que recomendamos: A. Alvarez Miranda, 'El pensamiento de Unamuno sobre Hispanoamérica', *Cuadernos Hispanoameric.*, 13 (1954) 51-74. (Incorporado a *Obras*, Madrid, Cultura Hispánica 1959, II, 307-348); Iris M. Zavala, 'Hacia una teoría de Españaoamérica': Hispanoamérica en Unamuno, ¿realidad o ficción?', *Revista Interamericana de Bibliografía*, XV (Washington) 347-354; E. Paucker, 'Unamuno y la poesía hispanoamericana', *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 7 (1956) 39-87. — Directamente sobre la *lengua*, J. C. Chaves, *La lengua como base de la hispanidad en la concepción de Unamuno* (Asunción, Academia Paraguay) 31 pp. (Este prometedor estudio no hemos podido verlo); M. García Blanco, *América y Unamuno* (Edit. Gredos, Madrid 1964). (Aunque en esta obra la referencia a las relaciones personales de Unamuno con los próceres de las letras americanas sea tema preferente, la lengua ocupa un puesto destacado. Los datos aquí ofrecidos nos han sido muy valiosos).

## 1. LA RAZA Y LA LENGUA

Ya de muy niños vibraba nuestro españolismo con la popular «Fiesta de la Raza», día 12 de octubre, fecha que nos recordaba el descubrimiento de América. Ciertamente que nuestra inteligencia infantil tenía muy lejos de sí todo eso del biologismo y tan sólo recordaba en aquel día el gran hecho histórico y su magnífica secuencia en una lengua hablada por veinte naciones, según insistentemente se nos repetía.

Entre nuestra infancia y edad madura tuvo lugar en el centro de Europa la volcánica explosión de un *racismo* netamente animal. En España se hicieron sentir entonces voces displicentes contra el nombre dado a la llamada «Fiesta de la Raza». Una de las más egregias fue la de Ramiro de Maeztu. En su obra, *Defensa de la Hispanidad*, aclara y rectifica dicho nombre en estos términos: «Hemos instituido la fiesta del 12 de octubre, que es la fecha del descubrimiento de América, para celebrar el momento en que se inició la comunidad de todos los pueblos: blancos, negros, indios, mulatos o mestizos, que hablan nuestra lengua y profesan nuestra fe. Y la hemos llamado 'Fiesta de la Raza', a pesar de la obvia impropiedad de la palabra, nosotros que nunca sentimos el orgullo del color de la piel, precisamente para proclamar ante el mundo que la raza, para nosotros, está constituida por el habla y la fe, que son espíritu y no por las oscuridades protoplasmáticas»<sup>9</sup>.

Merecen recordarse estas palabras escritas en los días del máximo auge del racismo centroeuropeo. Pero ellas ponen igualmente en relieve la agudeza penetrante de Unamuno, el cual, diez años antes, cuando aún la tempestad racista apenas asomaba por el horizonte, ya se declaraba contra el título oficial de Fiesta de la Raza. Debería llamarse más bien *Fiesta de la Lengua*. «Tenemos que repetir, escribe Unamuno, que este nombre —Fiesta de la Raza— se presta a equívoco. La palabra *raza*, como la palabra *casta*, lleva en el uso vulgar y corriente una cierta connotación animal, irracional, corporal, grosera, pues se habla de razas o casta de toros, caballos... Y aún aplicada al hombre, como cuando se dice raza blanca, o negra, o amarilla. Y no es éste el sentido que en nuestra fiesta debe tener. El lenguaje, instrumento de la acción espiritual, es la *sangre del espíritu*, y son de nuestra raza espiritual humana los que piensan y por tanto sienten y obran en español»<sup>10</sup>.

Es de advertir cómo en este texto acotado Unamuno se eleva de la raza a la lengua, para ver en ésta, a la que una vez más llama «*sangre del espíritu*», la verdadera fuerza genésica de la vida espiritual de los pueblos.

Por lo que toca a España argumenta contra toda clase de racismo desde la historia y desde nuestra realidad existencial hispana. Desde la historia deja en ridículo a la mentalidad racista con esta breve y contundente motivación: «Porque de eso de raza, en el sentido fisiológico, nadie sabe apenas nada»<sup>11</sup>. A esta motivación agrega su displicencia de que

<sup>9</sup> Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*, 3 ed. (Valladolid 1938) p. 82 (la primera ed. fue en 1934, como subrayaremos más tarde).

<sup>10</sup> O.C., IV. *La Fiesta de la Raza*, pp. 646-647.

<sup>11</sup> O.C., IV. *Una celebración*, p. 1072.

nos llamemos *latinos* en sentido racial. «Aparte la lengua, están más cerca de nosotros los germanos y los anglosajones que esos otros pueblos a los que llamamos, tal vez sin mucha propiedad, *latinos*»<sup>12</sup>. No todos los lectores acordarán con esta tesis histórica de Unamuno. Y menos el que pueda aplicarse en sentido homólogo a todas las regiones de España, latinizadas de tan diverso modo, tanto racial como lingüísticamente. Pero al margen de esta nueva e importante cuestión histórica, es patente la poca importancia que concede Unamuno al protoplasma sanguíneo en la historia de los pueblos. Permítasenos declarar aquí nuestra plena aceptación de esta tesis unamuniana, refrendada claramente por una elemental *filosofía de la historia*.

Desde la realidad existencial hispana Unamuno juzga a la lengua como un máximo agente en la creación de nuestra personalidad. Esta llega a su madurez cuando alguien puede llegar a decir como Don Quijote: «*Yo sé quien soy*». Ahora bien; este gesto tan decidido no lo forja ni el atavismo de la herencia biológica, ni el medio ambiente que incita a obrar en un determinado sentido, sino que es la plasmación externa de la propia conciencia, que ha venido oyendo en su interior determinadas palabras incitantes. Tal vez Unamuno nunca hace ver mejor su tesis que en la transformación del socarrón aldeano Sancho Paza. Contra tanto dicharacho callejero que lo ha tildado de glotón y aprovechado empedernido, Unamuno lo admira porque la palabra de Don Quijote, hecha discurso coloquial, tiene la virtud de ilusionarle a que le acompañe en sus andanzas y de llegar a ser su escudero fiel y constante. Esta fidelidad tan leal transforma a Sancho Panza en «Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, Sancho sincero»<sup>13</sup>. Que fuera así, lo prueba el que, al perder Don Quijote la fe en sí mismo y trocarse en su lecho de muerte en Alonso Quijano el Bueno, es la fe de Sancho, suscitada por la palabra de su señor, la que se mantiene firme y viva. Unamuno, dirigiéndose a Don Quijote, que muere sin fe en sí mismo, le apostrofa de esta suerte: «Don Quijote mío... Es Sancho, es tu fiel Sancho, es Sancho el bueno, el que enloqueció cuando tú curabas de tu locura en tu lecho de muerte; es Sancho el que ha de asentar para siempre el quijotismo sobre la tierra de los hombres»<sup>14</sup>. Ante este claro razonamiento, cuán inmenso y eficaz se nos muestra el poder de la palabra.

Este poder de la palabra, que página a página describe Unamuno en su sugerente *Vida de Don Quijote y Sancho*, es el mismo poder que puede transformar los pueblos hispanos, de cualquier raza que ellos sean, en pueblos de *Hispanidad*. A esta luz adquiere pleno sentido lo que escribió Unamuno, ya en el atardecer de su vida, 12 de octubre de 1933: «La fiesta de la raza hispánica, de las naciones de lengua española —*la lengua es la sangre del espíritu*— no puede basarse en el concepto fisiológico, somático o material de raza. Las naciones de lengua española abarcan razas materiales muy distintas, indios americanos, negros, judíos de secular *lenguaespañola* —o «lengua español», que dicen ellos— a los descendientes hebreos expulsados de España... Y conviene añadir que ...

12 O.C., IV. *Sobre el criollismo*, p. 580.

13 O.C., III. *Vida de Don Quijote y Sancho*. Parte II, cap. XXXII, p. 182.

14 Op. cit., Parte II, cap. LXXIV, p. 247.

el mestizaje y el muletaje trajo a pensar y a sentir en español amuchos indígenas americanos»<sup>15</sup>.

Dos aserciones que leemos en este pasaje acotado nos place subrayar: la supremacía de la lengua sobre la raza y la fuerza excelsa de la lengua capaz de aunar a múltiples razas, distanciadas entre sí por la geografía y el genotipo.

## 2. DEVENIR DE LA «LENGUA ESPAÑOLA»: ¿HACIA LA INTEGRACION O HACIA LA DIFERENCIACION?

Con la palabra *devenir*, nada simpática a los casticistas del lenguaje, muy censurados por Unamuno como luego se dirá, queremos dar a entender el proceso histórico que ha tenido el «castellano» hasta llegar a ser la «lengua española» de veinte naciones. Unamuno reflexiona sobre este proceso, situándose en el momento actual, para desde este altozano de la historia entrever el futuro de esta lengua, teniendo en cuenta la lección que nos da su trayectoria en el pasado. La interpretación de este devenir se hace muy hiriente ante actividades tan dispares, que son más bien opuestas. Dos palabras resumen estas diversas actitudes: *integración* o *diferenciación*.

Unamuno siente en carne viva este problema histórico de nuestra lengua en 1899, a raíz del comentado desastre. Pero no sólo es este desastre lo que hace palpar el genio nativo de Unamuno, sino aún más la actitud pesimista, inserta en la labor titánica de Rufino J. Cuervo, el gran gramático colombiano, el cual daba como un hecho ineludible la fragmentación de nuestra lengua, como acaeció con el latín vulgar respecto de las pujantes lenguas románicas. Unamuno no sólo no comparte este pesimismo sino que se declara resuelto frente a él. Antes, sin embargo, de exponer las motivaciones en que funda su actitud, conozcamos ésta por sus mismas palabras, al enfrentarse con los derrotistas. «Fue entre otros, escribe, un señor Abeille, francés —por lo menos de origen—, desconocedor del español popular de España, el que echó a rodar lo del idioma argentino y fue un argentino de origen italiano, don Carlos Pellegrini, ignorante también del habla popular española e ignorante del progreso de integración de las diferenciaciones dialectales, el que dijo que dentro de un siglo la lengua española se habría diferenciado en varias lenguas en América»<sup>16</sup>.

Difícilmente la actitud que preconiza para nuestra lengua una futura diferenciación que la fragmente en múltiples lenguas nacionales pudiera formularse de modo más explícito. Contra ella Unamuno advierte que contra los agentes disgregadores, que sin duda actúan sobre nuestra lengua, se dan otros más fuertes y eficaces que impedirán que la disgregación llegue a efectuarse. La intercomunicación entre los pueblos hispanos es tan intensa —y cada día lo será más— que el mutuo deseo de inteligencia impedirá a la postre la creación de lenguas nacionales dis-

15 O.C., IV. *De nuevo la raza*, pp. 648-650.

16 O.C., IV. *Sobre el dialecto criollo argentino y otras cosas*, pp. 635-637.

tintas, pese a los intentos parciales que se han dado o puedan darse por llegar a forjar una lengua nacional argentina, chilena, etc... Cara al futuro Unamuno escribe con serena decisión. «Afirmo que por mucho que se cumpla la diferenciación lingüística o dialectal, de hoy en adelante la integración irá de par. No están hoy los pueblos de lengua española tan apartados uno de otros, que quepa en alguno de ellos diferenciación lingüística que no refluya inmediatamente en los demás. Por fuerte que pueda llegar a ser la tendencia a la diferenciación, la tendencia a la integración será mayor. Siempre predominará el interés supremo: el de que nos entendamos todos»<sup>17</sup>.

Desde esta actitud tan firme Unamuno intenta llegar a lo que él llama «la raíz de la cuestión». Esta raíz de la cuestión puesta al aire, nos hace ver que la *lengua hispana* no es una lengua que ya esté hecha sino que es una lengua que se está perennemente haciendo con la colaboración de todos los pueblos de la Hispanidad. Tan entusiasta es Unamuno de esta perspectiva histórica que ha creado para significarla este neologismo, no aceptado, pero muy significativo: «*sobre-castellano*».

Con el descaro que le era propio expuso Unamuno tan palpitante tema en los *Juegos Florales* de Bilbao, en 1901. Fueron muy agrias las réplicas que tuvo su proclama. Pero la mantuvo con leal tenacidad. Nos interesa sobremanera recoger aquí un momento esencial de dicho problema: «Del castellano, pronunciado y construido por distintos pueblos que habitan en ambos mundos dilatados dominios, surgirán, no distintas lenguas, que no lo consiente la vida social de hoy y el rápido intercambio, sino el *sobre-castellano*, la lengua española o hispano-americana, una y varia, flexible y rica, dilatada como sus dominios». Y dirigiéndose luego a sus paisanos vascos, les dice: «Y en ella (en la lengua española) cabrá, me atrevo a esperarlo, la expresión de nuestros anhelos todos, de nuestra concepción de la vida y de la muerte, de nuestro sentimiento de la naturaleza y del arte... Aún hay quien cree que el castellano es la lengua más rica. Le falta mucho, muchísimo, para serlo. A enriquecerla, pues, a flexibilizarla, a hacerla nuestra (de los vascos), sin admitir monopolios casticistas»<sup>18</sup>.

En el último inciso de su proclama a los bilbaínos apunta al que juzga máximo enemigo del porvenir de la lengua española: el *casticismo*. Desde joven profesor luchó contra él. Por sus ponderados estudios, *En torno al casticismo*, sabemos que Unamuno identifica el *casticismo* con una herencia lingüística que se transmite exclusivamente en Castilla, y con una cualidad que es la pureza, con pretensiones de virginal. Es esta falsa virginidad lo que hace que el castellano sea una lengua poco fecunda y al mismo tiempo carezca de ese aire de universalidad que le pueden y deben dar los diversos pueblos hispanos. Esta doble nota peyorativa del *casticismo*, por ser infecundo en su desarrollo vital y por su tendencia a excluir las aportaciones de los otros pueblos hispanos, como si la matriz castellana debiera ser el único solar nutricio del español, debiera ser, pide Unamuno, radicalmente eliminada. Por el contrario, aspira a

17 O.C., IV. *Sobre el criollismo*, p. 576.

18 O.C., IV. *Discurso en los juegos flores celebrados en Bilbao el día 26 de agosto de 1901*, pp. 242-243.



que el castellano logre una plenitud de fecundidad creadora, como fruta madura de una savia que ha de ascender desde las matrices históricas del lenguaje, robustecida por la viva intercomunicación de todos los pueblos hispánicos.

Mentalidad tan decidida la sensibiliza Unamuno en su duro ataque a la Real Academia cuando, después de unos alegatos implacables, pide su desaparición en estos términos: «Lo mejor de todo sería que se suprimiese la Real Academia de la Lengua, dejándole a ésta entregada a sus esfuerzos y a su propio juego, sin tutores y curadores. Mas para esto es menester que aprendamos bien todo lo que se dice al decir que el lenguaje es un organismo vivo, y que perdamos el culto supersticioso al purismo y a la erudición»<sup>19</sup>.

Sin mentarla aquí, aplica Unamuno con innegable rigor la distinción lingüística de W. Humboldt a la faena depuradora de la Real Academia, viendo los esfuerzos de la misma desde la categoría del «*ergon*», desde la lengua hecha, y no desde la «*energeia*», que preside el desarrollo de toda lengua que se está haciendo, com árbol de rica savia pronto a florecer. Al lema de la Academia: «limpia, fija y da esplendor», contraponer este otro que debiera suplantarle, por ser más vital: «acrece, replanta y da valor». Teniendo ante sí este contraste de lemas escribe: «Dejemos a la Academia con su lema... La vida es otra cosa. Una lengua nacional, verdaderamente nacional, es la lengua de una nación; y una nación que es un perpetuo nacimiento, es la que está de continuo naciendo, haciéndose —y deshaciéndose y rehaciéndose—, en perpetuo proceso constituyente y reconstituyente. Lo otro, lo que se entiende en general, bien o mal, por académico, es cosa del Estado: una lengua académica, oficial, es una lengua de Estado... El tema de una comunidad empeñada en que su verbo se difunda debería ser éste: «acrece, replanta y da valor»<sup>20</sup>.

De este su razonar contra todo casticismo, purismo y academismo Unamuno concluye: «El academismo es la peor enfermedad que puede padecer una lengua, y sólo se cura no haciendo caso alguno de la Academia y sin cuidarse de quienes la forman. Lo mismo da que sean unos que otros, ya que la Academia en sí, como legisladora del idioma, es un desatino»<sup>21</sup>.

Esta conclusión con la que Unamuno quiere cerrar a la lengua hispana la vía muerta de toda clase de academismo, abre en su último inciso una perspectiva halagüeña al futuro del español. Se halla éste llamado a adquirir frondosidad exuberante por la colaboración de todos los pueblos hispanos, los cuales no sólo no romperán la unidad de su lengua universalista sino que mutuamente se enriquecerán por su intercambio lingüístico. El español dejará entonces de ser «idioma», en su significación origaría, algo propio de una nación o pueblo, para trocarse en el hogar común espiritual de veinte naciones. Con frase feliz lo profetizó Unamuno cuando en 1910 escribe este artículo periodístico para *La Nación* (Buenos Aires): *El castellano, idioma universal*. «El día de tan feliz suceso el castellano habrá dejado de ser la lengua romanceada de Cas-

19 O.C., IV. *La Academia de la Lengua*, p. 315.

20 O.C., IV. «*Acrece, replanta y da valor*», pp. 460-462.

21 O.C., IV. *De nuestra Academia otra vez*, p. 426.

tilla para llegar a ser la *lengua español*, hablada por los múltiples pueblos hispanos»<sup>22</sup>.

Contra la posible disgregación de esta gran lengua, temida por unos, como el insigne gramático de la misma. Rufino J. Cuervo, o deseada y preconizada por otros, como Carlos Pellegrini en Argentina y Rudolf Lenz en Chile —mentamos estos como datos de referencia inicial<sup>23</sup>—, Unamuno señala poderosos síntomas aglutinantes. Pese a nuestro deseo, nos tenemos que limitar en esta ocasión a comentar tan sólo algunos de los más pesaban en la mente de Unamuno.

El aglutinante de más peso lo veía Unamuno en las raíces hispánicas, llevadas a América por los audaces descubridores y conquistadores. Hace notar que los gauchos son descendientes de aquellos rudos y aventureros españoles que tomaron raíces en las llanuras americanas y de todos los que después se les van agregando. Con realismo sin melindres, muy estilo suyo, escribe: «Debajo del calzón cribado, del poncho y del *chiripá*, alienata acaso el español más puro, porque es el del primer sangre, la primera flor de la emigración, la espuma de la savia española que, dejando casi exagüe la madre patria, se derramó en América»<sup>24</sup>. Ulteriormente anota Unamuno que los gauchos tiene su epopeya en el *Martín Fierro* de José Hernández. Pero no es una epopeya de corte clásico, bajo el signo de hombres de selección. Es un *poema popular* en sentido estricto. *Martín Fierro* sale del pueblo y es la voz de la comunidad nativa gauchesca. Pues bien; al percatarse Unamuno de las profundas raíces humanas del gran poema gauchesco, formula este veredicto histórico. «*Martín Fierro* es de todo lo hispano-americano que conozco lo más hondamente español. Me recuerda a las veces nuestros pujantes y bravíos romances pupulares»<sup>25</sup>.

Es posible que una crítica severa levante objeciones contra esta tesis de Unamuno, dado que se halla muy en menguante lo gauchesco. No obstante, la tesis del influjo de los primeros colonizadores se halla reforzada por otro hecho histórico que Unamuno no propone. Y lo debiera hacer. Si tuvo tanta sensibilidad para la obra humilde y silenciosa de tantos párrocos, como San Manuel Bueno, Mártir, consuelo en la vida y descanso en la muerte de sus feligreses, debió trasladar esta visión realista a América. Allí millares de misioneros hicieron por sus indios lo que *San Manuel Bueno, Mártir*: serlo *todo* para ellos. Dejamos que el lector dismembre ese *todo* aludido, para recordar solamente que parte primaria de ese *todo* fue la enseñanza de la lengua. Los misioneros aprendieron las lenguas nativas y en ellas enseñaron a sus indios. Pero les enseñaron igualmente la lengua castellana para que les fuera instrumento primario de intercomunicación y convivencia. Este vínculo

22 O.C., IV. *El Castellano, idioma universal*, pp. 386-391 (publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 18 de enero, 1911).

23 Ulteriores datos pueden verse en M. García Blanco, *Introducción* al IV vol. de O.C., pp. 37-42.

24 O.C., IV. *El gaucho Martín Fierro. Poema popular gauchesco de Don José Hernández* (Argentino) p. 715.

25 O. y l. cit. Comentario al tema por M. García Blanco, *Unamuno y América*, op. cit., pp. 343-367: *La poesía gauchesca*.

lingüístico, iniciado entonces, el tiempo lo ha ido reforzando. Juzgamos con Unamuno que este vínculo es irrompible.

Otro síntoma de unión lingüística entre las naciones hispánicas Unamuno lo veía en la clara sincronía de sus movimientos literarios. Tan claro y preciso se ha expresado Unamuno sobre esta sincronía que nos invita a copiarle directamente. Estas son sus mismas palabras: «Los movimientos literarios han sido sincrónicos en España y en la América española. Cuando aquí se quintanizaba, se quintanizaba allí; cuando Larra hacía aquí furor, Alberdi lo imitaba en la Argentina; Nuñez de Arce reinó algún tiempo en uno y otro hemisferio. Y más recientemente, la influencia de Rubén Darío no ha sido aquí menor que allende el Océano. El mismo afrancesamiento de las letras americanas —mucho menor y mucho más superficial de lo que se cree comúnmente— ha sido un afrancesamiento mediato a través de traducciones y de imitaciones españolas»<sup>26</sup>. También este tajante juicio de Unamuno suscitará reparos. Pero ciertamente pone muy en relieve cómo veía Unamuno en la intercomunicación literaria del mundo hispánico, un respaldo firme para mantener la unidad de la lengua.

Finalmente queremos traer a cuento, por su mucha valía, la actitud de grandes representantes de la literatura hispánica en América. En contraste con el deseado acercamiento y comprensión de unos y otros, más de uno recordará la obcecada enemiga de D. F. Sarmiento. Este, en su obligada estancia en Santiago de Chile, planea con su grupo la posible y deseable muerte del castellano, para sobre sus cenizas formar la nueva lengua argentina. Unamuno, que recuerda reiteradamente la implacable enemistad de Sarmiento contra España, no tiene en cuenta que en el mismo Santiago de Chile, frente al argentino Sarmiento, el venezolano Andrés Bello defendió y promovió con su inmenso saber lingüístico el castellano, para el que auguraba un porvenir de lengua universal, anticipándose a él mismo. Mas si Unamuno no subraya la actitud de Bello contra Sarmiento, se enfrenta decididamente contra éste hasta llegar a escribir. «Sarmiento, profeso hispanóforo y no menos profeso francófilo, era radicalmente español y nada francés de espíritu»<sup>27</sup>. En verdad, la herencia de Sarmiento fue recogida. Pero a la larga ha venido a ser infecunda. Los mejores próceres de las letras hispanoamericanas hacen ver esta infecundidad y cuán prometidora es para el futuro la mutua intercomunicación. A dos de estos próceres nos queremos referir tal como lo ha visto desde Salamanca nuestro M. de Unamuno.

El primero de ellos es Rubén Darío quien, pese a su deseo de visitar Salamanca, nunca llegó a conversar con Don Miguel. Este emite sobre su buen amigo, el gran poeta de Nicaragua, estos dos juicios que rezuman el entusiasmo de ambos por el español como lengua universal. He aquí el primero en carta dirigida a Darío: «En lo mejor que de usted, amigo Darío, conozco, se ve a un hombre que quiere decir cosas que ni en castellano se han dicho ni pueden en el castellano de hoy decirse, y como usted piensa, según creo, en castellano, se encontrará sin duda con

26 O.C., III. *Contra esto y aquello*. «De cepa criolla», p. 535.

27 O.C., IV. *Más sobre el idioma nacional*, pp. 590-595 (publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 13 de marzo, 1908).

muchas ideas indecibles, que a falta de encarnar en verbo, le flotan en hermosa indecisión en la fantasía, preñadas de todo el encanto de lo maduro. Es lo que usted llamaría un mundo auroral, un mundo de bruma matutina, henchido de promesas»<sup>28</sup>. Qué esperanzador es aquí el verbo incisivo de Unamuno para la lengua española.

En el otro juicio se atiende más directamente al valor universal del mensaje que Rubén Darío ha escrito en español: «A mi juicio, por ser Darío más hondamente americano que otros poetas de América, por ser *intra americano*, es más universal y humano que ellos, porque dentro de su alma americana, y no fuera de ella, ha buscado, conciente o inconcientemente, el alma universal, y por esto y no por otra cosa le han oído en París y fuera de París cuantos prestan oído a la voz de la humanidad y entiende a ésta cuando en lengua castellana habla»<sup>29</sup>.

El segundo caso que place recordar es el contraste que Unamuno establece entre el gramático de Bogotá, R. J. Cuervo y el gran poeta cubano José Martí. Sobre éste anota que su lenguaje es de muy poca ortodoxia gramatical española, mientras subraya que el primero confeccionó una «obra ya clásica en la ciencia lingüística, y que es uno de los más ricos, más seguros y más doctos repertorios de noticias referentes a nuestro común idioma. Por la seguridad y extensión de la erudición pocos libros de su género, si es que alguno, le igualan». Pese a tan ponderado elogio, el juicio final de Unamuno sobre Cuervo es más bien negativo. «Y sin embargo, escribe, no sabe uno por qué y aun sin conocer, como no conozco, otras opiniones de R. J. Cuervo, se adivina en él un reaccionario. Un preceptista de gramática lo es casi siempre»<sup>30</sup>.

Al final de su reflexión sobre Cuervo y otros preceptistas, se pregunta Unamuno y se responde: «Y bien, ¿estos hombres hacen lenguaje? No; ni le hacen ni le conservan siquiera. El lenguaje no le hacen sino los que lo deshacen cuando es menester. La lengua, para ser viva, ha de ser una creación continua»<sup>31</sup>.

Precisamente, el usar lengua muy viva es lo que caracteriza los escritos de J. Martí. Considerado en un tiempo como antiespañol por su ardiente patriotismo cubano, Unamuno advierte que su estilo elíptico, torturado, recortado, recuerda al de Santa Teresa»<sup>32</sup>. Qué contraste, añadimos por nuestra cuenta: el hombre más patriota de su Cuba se asemeja en su hablar a la escritura española que asume más y mejor la savia popular. Es que J. Martí, en último término es pueblo, pueblo español: por su lenguaje, por su estilo, por su espíritu. Emociona la última carta que escribe a su madre. Del dolor de ésta reconoce ser causa: «Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida». A este penoso atestado añade el más tierno reproche filial que se haya escrito: «Y por qué nació de usted con una vida que ama el sacrificio?». A este conmovedor reproche sigue una petición última: «Ahora bendígame y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin

28 O.C., IV. *Sobre literatura hispanoamericana. A Rubén Darío*, pp. 728-732.

29 O.C., IV. *Una aclaración. Rubén Darío juzgado por Unamuno*, pp. 733-736.

30 O.C., IV. *Cuervo y la Gramática*, pp. 625-628.

31 Op. cit., p. 628.

32 O.C., IV. *Sobre el estilo de José Martí*, pp. 1036-39.

piEDAD y sin limpieza»<sup>33</sup>. Unamuno no lo dice expresamente, pero deja entrever que mientras los cubanos lean en español estos escritos vivos y encendidos de su héroe J. Martí, Cuba seguirá hablando en español. Y amando a España.

### 3. LO HISPANICO Y LA LENGUA

El neutro «lo», antepuesto a un apelativo histórico-geográfico, es muy rico de contenido. Así hablamos de «lo» francés, «lo» alemán, «lo» ruso, para englobar la riqueza de notas que definen a esos diferentes pueblos. Algo semejante acaece al referirnos a «lo» hispánico. Pero en este caso para mejor expresar esa riqueza de contenido cultural, hemos acuñado un nombre abstracto: *Hispanidad*. Nos ha parecido que embalsa mejor los bienes culturales que ha aportado a la historia lo hispánico. Hoy este vocablo ya tienen también historia. Pero sucede que se ha vinculado por algunos decenios a una política determinada. Ello ha motivado, muy de lamentar, la desestima y hasta el rechazo de quienes han impugnado tal política.

Place constatar que, antes de surgir estas quisicosas de la política, M. de Unamuno, hallándose voluntariamente desterrado en Hendaya, escribió en agosto de 1927 un ensayo hecho público el mismo otoño en Buenos Aires. Lo titulaba muy significativamente *Hispanidad*. En el mismo certificaba ya de entrada: «Digo Hispanidad y no Española para atenerme al viejo concepto histórico-geográfico de Hispania, que abarca toda la Península Ibérica... Digo Hispanidad y no Española para incluir a todos los linajes, a todas las razas espirituales, a las que ha hecho el alma terrena... y a la vez celeste de Hispania, de Hesperia, de la Península del Sol Poniente... Y quiero decir con Hispanidad una categoría histórica, por lo tanto espiritual, que ha hecho, en unidad, el alma de un territorio con sus contrastes y contradicciones interiores... Un territorio tiene un alma, un alma que se hizo por los hombres que dio a luz del cielo». Desde este lírico preámbulo sobre la Hispanidad se adentra Unamuno en el alma de esta tierra de Hispania de la que escribe: «Esta tierra bajo el cielo, esta tierra llena de cielo, esta tierra que siendo un cuerpo, y por serlo, es un alma, esta tierra hizo, con el latín, unos lenguajes, unos romances... Y un lenguaje es un pensamiento, es un sentimiento común, es una filosofía, hasta una metafísica»<sup>34</sup>. Un repaso detenido a los textos que terminamos de acotar pone en evidencia que para Unamuno la contextura mental más honda que da unidad a los pueblos hispanos es la lengua. Hasta lograr que todos ellos tengan un sentimiento común, una idéntica metafísica.

Sobre la fuerza aglutinante de la lengua en los pueblos hispánicos

<sup>33</sup> Op cit., p. 1039. Sin referencia al aspecto literario subraya la altura histórica de algunas frases de J. Martí, Raúl Fonet-Betancourt, *Anotaciones sobre el pensamiento de J. Martí. Cuadernos Salm. de Fil. IV* (1977) 223-262. Para un estudio más completo, Iván A. Achulman, *Símbolo y color en la obra de José Martí*. Edit. Gredos, Madrid 1960.

<sup>34</sup> O.C., IV. *Hispanidad*, pp. 1081-84.

Unamuno es muy reiterativo. En un breve ensayo engarza una serie de conceptos historiológicos que nos interesa ahora comentar. Parte Unamuno en su razonar que a un pueblo, «lo que le hace uno es el sentimiento de una unidad de destino, de misión histórica... Este sentimiento es un convencimiento, base de la convivencia. Y en cuanto al destino y la misión históricos, estos dependen de la conciencia que de sí mismo se haga el pueblo. Y la conciencia que de sí mismo se de y se cobre un pueblo produce su visión del Universo, lo que los alemanes llaman la *Weltanschauung*, la contemplación del mundo todo». Ante esta palabra alemana, hoy ya internacional, de tan amplio contenido, Unamuno deduce y se pregunta: «Esta visión del universo y a la vez adivinación más o menos profética de sus individualidades universales es la obra de la historia. Y la historia ¿es obra de la raza?, ¿de la sangre?, ¿del territorio? ¿Es etnografía?, ¿es geografía?, ¿es antropología...?». La respuesta a estas preguntas la halla Unamuno en su más alta filosofía del lenguaje. Escribe entonces: «La historia no es eso, sino que es en esencia palabra. Hay que repetir aquello de que en el principio —en el principio de la historia— fue el verbo y que por él fue hecho todo lo que se hizo»<sup>35</sup>.

Una nueva pregunta, con su correspondiente respuesta, obliga a Unamuno a precisar mejor el puesto de la lengua en la dinámica histórica de los pueblos. He aquí cómo propone una y otra: «Y la historia, la visión, la contemplación del destino y de la misión de un pueblo, de lo que le hace ser un pueblo, esa visión, ¿de dónde brota?». A tal pregunta responde con decisión: «Del son también de la palabra, del habla del lenguaje». Cuán bien se explica, después de oír esta su lacónica sentencia sobre el decisivo influjo de la palabra en la historia, que Unamuno, ante la perspectiva que le ofrecen a su ojo avizor los pueblos hispánicos, concluya su ensayo con estas líneas: «En resolución, que para llegar a la unidad del sentimiento —y por tanto del consentimiento— de un común destino histórico de los pueblos de lengua hispánica, el mejor camino es ahondar en la vena de expresiones en que se integran nuestros dialectos todos, y entre ellos el castellano. En el son común integral, está la visión común, integral, y el consentimiento de la convivencia»<sup>36</sup>.

Esta fuerza aglutinante de la lengua nunca la expresó con mayor emoción que en su destierro de Fuerteventura al responder a sus amigos de allende el mar, quienes protestaron contra tan duro destierro. A uno de ellos, Ricardo Rojas, le hace llegar a Buenos Aires lo que traspasa su corazón: «Gracias, mi querido amigo Rojas, gracias... Aquí treinta y tres años de profesorado, día a día... y más de treinta también, uniendo con mi pluma las dos Españas que separa el agua de la mar y *junta la sangre del espíritu, la lengua*»<sup>37</sup>. Ante estas expresiones lo mejor fuera dejar blanco el papel para que el lector repensara por su cuenta. Pero ante la incumbencia de llenarlo, hagamos lo menos inconveniente que es proseguir la acotación de lo que el desterrado Unamuno

35 O.C., IV. *Por el son a la visión*, p. 496.

36 Op. cit., p. 499.

37 Tomo estas referencias de M. García Blanco, *América y Unamuno*, op. cit., p. 333.

sigue escribiendo. Nos limitamos a su emocionada despedida: «A todos ustedes, los nuestros, los *hermanos en la sangre del espíritu*, a todos ustedes en usted, mi óptimo Rojas, un abrazo de Miguel de Unmuno»<sup>38</sup>. Esta declaración de que los hispanos de allende y aquende el mar somos hermanos «en *sangre de espíritu*», será siempre el más excelso elogio que se pueda proferir sobre la lengua como vínculo esencial de los pueblos hispanos.

Unamuno, poco dotado para la música, no tiene reparo en pedirle de prestado el mejor de sus poemas: la *sinfonía*. Tal vez le incitara a ello la etimología tan significativa de este vocablo<sup>39</sup>. En todo caso, entusiasmo que Unamuno contemple a Hispanoamérica como una «*sinfonía de naciones*», cada cual con su temple musical y todas acordes en lo más sustantivo: la creación del gran poema sinfónico de la *Hispanidad*<sup>40</sup>.

En otro moento ulterior, ya en el ocaso de su vida, en 1935, el año anterior a su muerte, Unamuno alude sin mentarlo a José Vasconcelos. De él acepta la tesis primaria: Ibero-América es un «crisol de razas». Pero desestima la fórmula definitiva del mismo, al escribir: «Un soñador teosófico mejicano habló de su raza cósmica»<sup>41</sup>. En mi artículo, *Universalismo planetario de José Vasconcelos* publicado en esta misma revista, IX (1982) 189-200, lamenté el uso por Vasconcelos de la categoría histórica: raza cósmica. Pensé que respondería más plenamente a su pensamiento hablar de «*universalismo planetario*». Los infaustos abusos del *racismo nazi* desautorizaron totalmente el vocablo *raza* y sus derivados. Pero no se daba el mismo clima cuando escribía sobre este tema J. Vasconcelos. En todo caso, de este gran pensador, al que Unamuno tacha no muy cuerdamente, de teósofo, pueden aceptarse sus dos tesis fundamentales: que América es un crisol fundente de pueblos, razas y naciones; y que llegará un día en que no habrá más que una raza humana, «la raza cósmica», cuando todos los pueblos se abracen en un universalismo humano. Que también debiera ser cristiano. Esto último la visión meramente cívica de Unamuno no lo considera. Quedémonos, pues, comentando a éste con el universalismo planetario que posibilite la convivencia ciudadana de todos los pueblos. Para este universalismo no pide Unamuno que el español sea la lengua única. Pero sí juzga que será siempre una de las más universales del planeta. De esta suerte y una vez más la lengua viene a la mente de Unamuno como «vínculo esencial» de pueblos y naciones.

Una visión tan optimista de la *Hispanidad* puede suscitar fuertes objeciones. Unamuno no fue insensible a las mismas. Tal vez la que más le apenara y en su praxis intelectual combatiera con su ejemplo, fue la que ha surgido del mutuo desconocimiento en que hemos vivido españoles e hispanoamericanos. Contra este mutuo desconocimiento escribió reiterativamente. Uno de sus ensayos lo inicia con esta pesimista

38 Op. cit., p. 334.

39 Sobre la importancia que Unamuno daba a la etimología, véase N. R. Orringer, a. cit., en nota 8, pp. 192 ss.

40 O.C., IV. *Sobre literatura hispanoamericana*, p. 731: «América es la sinfonía que del concierto de las almas de los americanos surge».

41 O.C., IV. *Comunidad de la Lengua hispánica*, p. 656.

constatación: «Quisiera poder tener más fe en ciertas organizaciones colectivas de esfuerzos individuales y más fe también en la acción oficial y oficiosa. Mis empeños todos de autoeducación se enderezan a domeñar un cierto individualismo nativo que me lleva a arar solo, a no asociarme a labor alguna colectiva. Y es que cuantas veces me he asociado a ella he visto deshacerse la obra»<sup>42</sup>. A continuación reconoce que los esfuerzos aislados, al unirse, no se suman sino que se multiplican. Pero en la práctica acaece que cuando se llega a formar una sociedad con estatutos y reglamento, la cosa se arrutina y se echa a perder». «Traigo esto, escribe textualmente, a cuenta de todas esas ligas, asociaciones y sociedades para estrechar los lazos entre los pueblos todos de la lengua española, empezando por la Unión Ibero-Americana»<sup>43</sup>. Unamuno opta por un trabajo serio individual, como el que cree haber hecho. «Hace años, afirma, que vengo dirigiendo mis esfuerzos, entre otras cosas, a que nuestros escritores españoles sean más y mejor conocidos en la América española, y a que sean más y mejor conocidos en España los escritores americanos. Y esto segundo es mucho más difícil de conseguir que aquello otro»<sup>44</sup>.

Esto lo escribió Unamuno en 1912, cuando era rector de la Universidad de Salamanca. Afectaba, por lo mismo, muy en lo vivo a su propia responsabilidad. Lo malo fue que no viniera una enmienda pronto. Y peor aún que no haya tenido lugar. No es, con todo, cosa de comentar esto último, pues nos toca ahora exponer la actitud de Unamuno. Esta la puso a vista de todos, según su estilo, con ocasión de dos intentos: la creación de la Universidad Hispano-Americana de Salamanca y la proyectada visita del Rey a Hispanoamérica.

Sobre el primer intento, que tanto podía halagar a Unamuno en 1905, por llevar ya cuatro años de rector de la universidad de Salamanca, se muestra éste tan duro en sus reproches que llega a avergonzarnos. ¿Es justo en estos reproches? Dejamos al lector que emita su juicio sobre ellos al verlos aquí consignados. Base del escepticismo de Unamuno ante la creación de la universidad hispanoamericana es esta deprimente afirmación: «La cobardía moral, y su hija primogénita la mentira, son dos pestilentes plagas que tienen agarrotada y perlesada el alma española... Y entre las muchas mentiras que aquí corren y se propagan, es una de las mayores eso de la fraternidad hispano-americana»<sup>45</sup>. Unamuno llevaba muy en lo hondo esta conciencia de confraternidad hispánica. Textos suyos, anteriormente acotados, lo prueban hasta la saciedad. Por esto mismo sentía mucho escozor al ver que su ejemplo de comunicación interhispana fuera poco seguido. Con amargor tiene que dejar constancia de que «apenas se leen aquí libros americanos, a pesar de los esfuerzos que hacemos algunos escritores por darlos a conocer...; apenas se encuentra un español para quien las naciones americanas de lengua española tengan fisonomía propia, y lo mismo les da que un escritor

42 O.C., IV. *Algo de unión iberoamericana*, pp. 967-971 (publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 11 de diciembre, 1912).

43 Op. cit., p. 967.

44 Op. y l. cit.

45 O.C., IV. *Carta - Artículo*, p. 899.



sea argentino, chileno, venezolano o mejicano...». Todavía, de modo más hiriente, sin hacer justicia al trabajo silencioso de millares de españoles, escribe: «Aquí apenas se hablaba de relaciones hispano-americanas hasta que perdimos nuestras últimas colonias en América, y entonces nos entró de repente una especie de ternura maternal, o lo que ello sea, y dimos unos cuantos en cacarear lo de la hermandad de raza, o mejor de lengua»<sup>46</sup>.

Ante cuadro tan negativo de las relaciones entre España e Hispanoamérica ya no es de maravillar que el rector de Salamanca formule esta vergonzosa pregunta: «¿Qué van a venir a aprender en España los americanos —he dicho a cuantos me han hablado de la flamante Universidad en proyecto— que no aprendan mejor en Francia, Alemania, Inglaterra u otra nación que haya entrado de lleno en las vías de la cultura moderna?... Lo que hace falta aquí, deduce de estos datos hirientes, no es crear una cosa a que se llame pomposamente Universidad hispano-americana, corriendo el riesgo de hacer el ridículo, pues el mayor mal sería llegar a inaugurarla con semejante nombre presuntuoso; lo que hace falta es mejorar nuestras Universidades... y luego, si resultaba a la altura de las mejores del extranjero, no faltarían americanos que viniesen a ellas». Por lo que toca a su acción personal, este es el programa que se propone: «Aquí no nos queda a los verdaderos españoles, a los que amamos de verdad a la patria, y queremos que cobre en América prestigio y respeto y cariño, no nos queda otro camino que luchar y luchar sin descanso ni tregua»<sup>47</sup>.

La última cláusula unamuniana: «sin descanso ni tregua», nos recuerda que grandes admiradores de Unamuno, como Rubén Darío y Alain Guy, le han llamado «pelotari en Patmos». En verdad hay que decir que con esfuerzo incansable de «pelotari» de la cultura hispánica, ha lanzado la pelota de la lengua aquende y allende el mar. Tal vez los mejores triunfos de este juego intrahispánico los veamos en un próximo futuro. Al menos es deuda reconocer que Unamuno nos mostró ya ese posible triunfo con su ejemplo estimulante y aleccionador en medio del ambiente mefítico que le rodeaba, según él mismo, no sin alguna exageración, constata.

Sobre la posible visita del Rey Alfonso XIII a las naciones hispano-americanas, Unamuno se siente igualmente pesimista. Lo acusan bien estas sus palabras: «Quiero hablaros de cierto viaje de que vuelve aquí a hablarse y que fiamos en la Providencia que no se llevará a cabo, para bien de España»<sup>48</sup>. Tal vez en esta actitud influyera su polémica repulsa de la monarquía, a la que impugnó desde que, sin darle razón alguna, fue destituido de rector de la Universidad en el verano de 1914. Pero también influyó, sin duda, lo que comenta respecto de los Congresos interamericanos. «Serán estos, se pregunta, una fase más del ibero-americanismo de festival y de brindis? Eso de sus organizadores depende. —Es indudable que la ignorancia aquí reinante respecto de las cosas de América va menguando, pero aún es grande»<sup>49</sup>. En esta ignorancia

46 Op. cit., p. 900.

47 Op. cit., pp. 901-902.

48 O.C., IV. *Congresos Hispano-Americanos*, p. 1077.

49 Op. cit., pp. 1075-1077.

percibe Unamuno el pesado lastre que impide la navegación de los pueblos hispanos en el mar de nuestra común cultura. Unamuno desea que, para mejor lograrla, se elimine cualquier intento de predominio de lo español. Contra esto último se declaró muy en contra, al comentar, en 1917, un discurso de Alfonso XIII en el que decía: «España es depositaria del patrimonio espiritual de una gran raza. Aspira históricamente a presidir la Confederación moral de todas las naciones de nuestra sangre. Y esa aspiración se malogrará definitivamente si, en hora tan decisiva para el futuro como la actual, España y sus hijas aparecieran espiritualmente divorciadas»<sup>50</sup>. Frente a la actitud de «madre» que quiere tomar España en labios de Alfonso XIII, Unamuno pide fraternidad interhispana. Inútil, y hasta contraproducente, obstinarse en querer tratar como «hijas» y no como «hermanas», a las naciones iberoamericanas, abiertas a un floreciente porvenir.

Concluimos, pues, esta parte de nuestro estudio, subrayando la tesis definitiva de M. de Unamuno sobre el tema propuesto: la lengua española es el *vínculo esencial* de los pueblos hispánicos. Pero esta lengua llamada por Unamuno «*sobrecastellano*» no justifica que España se sienta más que las otras naciones hispánicas. Basta que ocupe muy dignamente su puesto de «*hermana*». Este nombre, cálidamente aceptado y vivido, debe ser la piedra angular en el gran dificio de la fraternidad de los pueblos iberoamericanos. Esta fraternidad, a su vez, se halla abierta a la fraternidad humana de todos los pueblos. Pero esta ampliación del tema lo dejamos para otra coyuntura.

#### 4. ¿...Y EL CRISTIANISMO?

La tesis de Unamuno de ser la lengua el vínculo esencial de la convivencia hispánica, ¿no es contraria a la que juzga ser el Cristianismo, no sólo la máxima aportación de España en su obra colonizadora de Ibero-américa, sino también la fuerza espiritual que más y mejor aglutina a los pueblos hispánicos? Nos topamos con dos interpretaciones netamente opuestas. Piden, por lo mismo, un estudio detenido que no es el momento de abordarlo. Pero no podemos menos de hacer algunas observaciones para comprender discrepancias e intentar acercamientos.

Una distinción fundamental escinde campos y precisa la respectiva siembra que se ha hecho o puede hacerse en los mismos. Esta distinción consiste en ver el problema de la intercomunicación ibero-americana como *hecho histórico* del pasado o en su complejidad actual. Pues bien; cara al exclusivo mercantilismo de otras naciones, la obra de España en América, como hecho histórico del pasado, fue primariamente la obra de la fe cristiana de España. Hasta poderse decir sin mentira que España fue un *pueblo misionero*. De él formaron parte no sólo los muchos millares que llevaron oficialmente el nombre de «misioneros», sino de cuantos pasaron a Indias, llevados muchas veces por la avidez de lucro material, pero impregnados espiritualmente de fe cristiana: desde el

50 O.C., IV. *La Hermandad Hispánica*, pp. 1019-1120.

Virrey, delegado de la Corona, hasta el anónimo soldado, apoyo supletorio del orden cívico.

En octubre de 1934 se celebró en Buenos Aires el XXXII Congreso *Eucarístico Internacional*. Con resonancia mundial vibró el catolicismo hispano. A este Congreso asistió el Arzobispo de Toledo, Isidro Gomá, Cardenal un año después. En el teatro «Colón» de Buenos Aires, el 12 de octubre, Fiesta de la raza, tuvo el Primado de España un gran discurso al que tituló: «*Apología de la Hispanidad*». Ramiro de Maeztu había puesto en gran circulación este concepto histórico por aquellos años<sup>51</sup>. Y sobre este concepto quiso disertar el prelado. Abrió su discurso en estos términos: «Nunca en funciones de orador, me sentí sobrecogido como en estos momentos... Todo es para mí nuevo: el sitio, un teatro fastuoso en vez de un templo; un auditorio cultísimo, en que se encuentra la flor de una civilización; el tema que debiera versar sobre la Raza, y que sólo de lejos podrá rozarse con las doctrinas del magisterio episcopal...». Después de este obligado preámbulo se echa a la lid con decisión: «Mi tesis para la que quiero la máxima diafanidad es ésta: *América, es la obra de España. Esta obra de España lo es esencialmente de catolicismo. Luego hay relación de igualdad entre hispanidad y catolicismo, y es locura todo intento de hispanización que lo repudie*». Como inicial comentario a su tesis, añade: «Creo que esta es la pura verdad. Si no lo creyera, no rompería por ella una lanza, Ahora sí; cuantas estén a mi alcance. Y, Quijote o no, a su conquista voy, alta la visera, montado en la pobre cabalgadura de mis escasos conocimientos y de mi lógica, pero sin miedo a los duendes del laicismo naturalista, a los malandrines de la falsa historia, o a los vestiglos envidiosos de la grandeza de mi patria»<sup>52</sup>.

De seguro que el precabido lector se ha sonreído maliciosamente ante el choque frontal entre la tesis del Arzobispo de Toledo y la del Rector de la Universidad de Salamanca. ¿Con cuál de ellos nos quedamos? ¿Y cómo enjuiciarlas en breves líneas? Pese a todo, en breves líneas nos atrevemos a exponer que uno y otro *parcialmente* tienen razón. Vamos a ver con I. Gomá que la obra de España en América fue esencialmente de catolicismo. Pero que en el mundo secularizado de hoy, pese a que la fe siga siendo un fludo fortísimo, es la lengua un vínculo más *universal*. De esta universalidad deduce Unamuno que viene a ser para todos los hispanos el vínculo *esencial*.

En la tesis de I. Gomá distinguimos dos partes. En la primera afirma éste que América es la obra de España y que esta obra es de catolicismo. Si aplicamos ahora la distinción anteriormente propuesta, es innegable que el Arzobispo de Toledo constata un hecho del pasado que refrenda la historia de un pueblo misionero. Los Reyes Católicos, Isabel sobre

51 Informe bibliográfico de la obra de R. de Maeztu en nota 9. Advertimos que la primera edición es de 1934, cuando se crea, en inconformidad con los ideales de la república, el movimiento patriótico-cultural de *Acción Española*. Esto motiva que el concepto histórico de Hispanidad adquiera tinte político.

52 En la segunda de ed. de 1938, vino como «apéndice» de la misma el discurso de Dr. Isidro Goma y Tomás, Arzobispo de Toledo y Primado de España, en el teatro «Colón» de Buenos Aires, 12 de octubre de 1934. De aquí tomamos la cita del texto, pp. 309 y 313-14.

todo, tienen conciencia de haber recibido las Indias con el encargo de llevar a ellas el mensaje evangélico. Millares de misioneros lo cumplieron con sus sudores y con su sangre —escribo esto el mismo día en Juan Pablo II canoniza tres mártires paraguayos de la magna empresa, 16.5.1988. Pero es que no sólo fueron ellos. Hasta el intrépido conquistador y sus abnegados soldados, pese a sus eventuales desafueros, llevaban impresa en su conciencia y repetían con entusiasmo la consigna epocal:

«Al Rey, infinitas tierras, / a Dios, infinitas almas»<sup>53</sup>.

A esta primera parte de su tesis, refrendada por la historia, el prelado añade una segunda muy discutible. Inaceptable desde el derecho natural. Y que, a la larga, nos ha sido perjudicial en nuestra historia. Esta segunda parte establece igualdad entre hispanidad y catolicismo. Hasta juzga una locura todo intento de separarlos. Sin embargo, contra actitud tan decidida, surgen reparos muy serios. Juzgamos como el más fundamental inducir a una confusión vaga e imprecisa del orden natural de la *ciudadanía* y el orden sobrenatural de la *fe cristiana*. De aquí el repudio cívico, durante siglos, del español que no profesaba la religión católica. Hasta declararlos ciudadanos de segunda categoría, peor aún, carentes de los derechos fundamentales que da la común vida ciudadana. El tema, muy agrio y tenso, merecería abordarse de frente. Baste ahora decir que en España ha sido un logro tardío tener al protestante, al judío y al moro, por ciudadanos con plenos derechos y deberes. Hay que replicar, por otra parte, al docto Card. Gomá, que la nota primaria que nos une en la vida ciudadana no es la religión sino la mera *civilidad*. Exactamente como acaece en la vida de familia. Si la religión une a sus miembros, mejor que mejor. Pero si este vínculo se rompe, nunca puede romperse el vínculo de la sangre, que es anterior y más primario. Lo cual no quiere decir que sea el más importante.

Hechas estas distinciones nos explicamos la postura del «laico» Unamuno. Entrecomillas «laico», porque, al margen de su personal vida religiosa, siempre en angustia y zozobra, cuando razona sobre temas históricos, y más en concepto sobre la convivencia ibero-americana, lo hace asentado en los valores humanos en los que todos convenimos, al margen de razas y de creencias. Es entonces cuando declara justamente a la lengua *vínculo esencial* de los pueblos hispanos. ¿Cómo va aceptar Unamuno la tesis de I. Gomá de que el Catolicismo es el esencial aglutinante de los pueblos de la Hispanidad en el siglo xx, si ésta cobija a sujetos de diversas religiones y hasta a los declaradamente incrédulos, los cuales, sin embargo, se sienten unidos en la lengua en la que hablan piensa y sienten?

Unamuno, en una de sus genialidades, se lamenta de que el Rey hable en catalán, aunque sea en Barcelona, porque éste debe hablar siempre en la lengua de la comunidad hispánica. Pero añade por contraste y sin ironía: «Dejen, por amor a la cultura, el catalán para las pastorales del señor obispo de Vich, que no carecen, por cierto, de

<sup>53</sup> Vemos comentada esta frase en el estudio de J. Thomson, *The franciscans in New Spain. The Franciscan Educational Conference* 18 (1936) 54-94.

unción y de fuerza»<sup>54</sup>. Como razón de su contraste alega: «Bien, muy bien está guardar el cariño a la lengua en que primero se pidió de comer al padre y en que se hizo el amor a la novia; pero no es en ésa en la que se puede hacer el amor al mundo ni pedirle civilización»<sup>55</sup>.

Ante dos mundos distintos nos hallamos con el pensamiento del Arzobispo y del Rector universitario: con el unitario de la fe, propuesto y deseado por el primero, y con el dualista de la civilización humana y de la fe cristiana, que halla vigente hoy día M. de Unamuno. Por nuestra parte, vemos en el mundo unitario un *desideratum* al que el pensador cristiano no puede renunciar, pues sabe que Jesús, su maestro, deseó que llegara el día de «un sólo redil y sólo pastor». Pero mientras llega ese día —hoy se le entrevé muy distante— todo pensador cristiano debe aceptar el dualismo de los valores humanos y de los valores cristianos, siguiendo la línea de Santo Tomás y de F. de Vitoria, línea que Unamuno lamentablemente desconoce. En esta línea dicho pensador debe promover toda clase de valores humanos. Hasta con los ateos. Y preparar así el camino a los valores cristianos. Volvemos así a la *praeparatio evangelica* de los primeros tiempos del Cristianismo, por siglos después abandonada. Ahora, en este crucial momento histórico de encuentro de pueblos, culturas y religiones, nos hallamos lejos de comulgar en los mismos valores cristianos cuantos formamos parte de la Hispanidad. Menester es, pues, aceptar la tesis de Unamuno. Hoy no ha quedado la *lengua española* como el *vínculo esencial* que liga entre sí a los pueblos hispano-americanos.

ENRIQUE RIVERA DE VENTOSA

54 O.C., IV. «*Su Majestad la Lengua Española*», p. 379.

55 Op. cit., p. 378.